

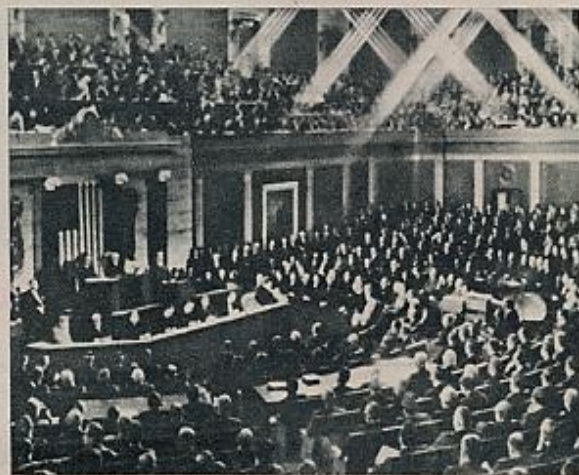
EL HOMBRE DEL DESTINO

En el año 1976, los Estados Unidos van a celebrar su doscientos aniversario de existencia como nación. El 4 de julio de 1776 se promulgó la Declaración de Independencia —redactor, Tomás Jefferson— y sus anejos «Derechos del Hombre». Pretende Nixon que la celebración no se limite a festejos espectaculares y brillantes, sino que sea un año reflexivo, introspectivo, profundo, en el que los Estados Unidos se vuelvan a encontrar a sí mismos. Y pretende ser él quien presida esta conmemoración, dando por supuesta su reelección en 1972 y sobre todo, que se le considere como el autor de ese renacimiento. Pretende ser un instrumento del destino, no un simple buen presidente, un «primer funcionario». Se conoce, por la Historia, el riesgo que tales individuos representan para su propia nación y para sus vecinos —en este caso, los vecinos de los Estados Unidos son todos los países del mundo— desde el momento en que confunden una personalidad estrictamente humana con una designación sobrehumana y llegan a creer que sus ocurrencias son designios providenciales. Pierden el sentido del contraste. Cuando, como en el caso de Nixon, los instrumentos de poder a su alcance son inmensos, la peligrosidad social alcanza grados máximos.

Generalmente, las sociedades no pretenden de sus directores más que una buena, prudente y honesta administración. Suelen considerarlo como el mayor milagro. En ciertos casos, sin embargo, las sociedades esperan algo más. Todavía los elementos mágicos no se han borrado de la vida colectiva de los grupos —el cientifismo, la tecnocracia, pretenden en cierta forma la sustitución de unos elementos mágicos caducos por otros renovados— y, en situaciones de crisis y aun de caos, lo esperan todo de una criatura carismática. Un buen administrador no hubiese podido hacer en Francia —hacer Francia— lo que hizo Juana de Arco. El efecto debía renovarse con la aparición del general De Gaulle en la época de la ocupación, con el país dominado por el enemigo, ocupado, bombardeado, hambriento, dividido. La fe renació en las catacumbas: en los sótanos y en la noche, cuando se oía la voz —por radio— del personaje nunca visto, cuando llegaban del cielo —paracaidistas— sus enviados, sus mensajeros. Nixon, rodeado del mejor equipo de especialistas de publicidad y de relaciones públicas de un país que ha inventado estos medios, advierte, sin duda, que la sociedad americana está sufriendo una crisis semejante. Vive un largo momento en el que no acaba de comprender cómo se le puede ir de las manos todo el poder del mundo, toda la riqueza del mundo. Esos momentos son precisamente aquellos que un individuo con aspecto carismático debe aprovechar: cuando no se comprende, cuando aún se espera. El presidente Kennedy parecía estar dotado de ese toque de gracia política, pero duró poco. Sobre todo, el reconocimiento de su carisma fue «post-mortem», en la elaboración ya inútil de un mito. Las posteriores desgracias sobrevenidas a sus familiares y herederos políticos han dado más bien la impresión de un carisma negativo.

En la biografía, en la presencia, en la política de Nixon, no hay nada carismático. Su rostro no tiene nada de sobrenatural. Parece un desafío a los técnicos que han de construirle, que le están construyendo. Sin embargo, la coyuntura mágica está bien aprovechada. Las fuerzas en que trata de respaldarse están dispuestas, son receptivas. Son lo que él mismo ha llamado, con una frase enormemente acertada, la «mayoría silenciosa». Es decir, los elementos conservadores y derechistas del país. Sería un error creer que es sólo la derecha y el conservadurismo, o principalmente estas fuerzas, las más receptivas para el director con carisma. La izquierda, y aun la extrema izquierda, está incluida también en el profetismo. Más aun, la situación de crisis de la izquierda en los últimos años la hace buscar y desear con más ahínco el personaje carismático —Che Guevara,

Castro, Marcuse, Cohn Bendit, Dubcek—, puesto vacante desde la caída y desmitificación de Stalin, mientras la derecha se apoya en las dictaduras sin rostro, en las tecnocracias, en los invisibles «establishments», en el poder colegiado. Es una inversión de objetivos y propósitos por la cual la izquierda racionalista parece buscar unas fuerzas de las llamadas espirituales, mientras que los que siempre se han llamado espiritualistas se apoyan en las tácticas materialistas. Cuando el propio Lukacs, cuyo materialismo histórico está fuera de duda, define como «una feliz casualidad», como «una asombrosa suerte» para el movimiento proletario la aparición sucesiva de hombres como Marx, Engels y Lenin, parece víctima de este pensamiento mágico. Las «felices casualidades» y «asombrosas suertes» equivalen, en el lenguaje de la izquierda, a los designios de la Providencia y las señales del destino en el lenguaje de la derecha, en el de César, Hitler o Napoleón.



Nixon dirige el mensaje de la Unión, en la sesión conjunta del Congreso.

En los Estados Unidos, la «mayoría silenciosa» —frase, como queda dicho, certera pero equivocada: su «silencio» consiste en que no se manifiesta por las calles, pero dispone de las agencias de información, grandes periódicos, cadenas de televisión y de radio, y se dirige al mundo vía Telstar— es conservadora y está en crisis. Está asustada. Desposarse con esa mayoría que se reparte el poder, darle sensación de que ha encontrado un jefe carismático, encarnar la figura del destino, es una maniobra que parece de gran inteligencia en el equipo del que Nixon es instrumento visible. Cuando el presidente, en su mensaje sobre el Estado de la Unión pronunciado ante la sesión conjunta del Congreso, el 22 de enero, promete «una nueva calidad de vida en Estados Unidos» y una «gran era de reforma de las instituciones», está iniciando ya esta campaña que debe conducir en 1976 a la proclamación del Renacimiento. El apoyo en una tradición —la Declaración de Independencia— ha de ser confortadora para los conservadores. Una tradición que era en sí conservadora. Aquella declaración estaba redactada «con firme confianza en la protección de la Divina Providencia» y establecían ya el gran mito americano al incluir entre los derechos del hombre el «derecho a la felicidad», «reivindicaba la guerra «contra los implacables indios salvajes», y cuando hablaba de la igualdad entre todos los ciudadanos, el Tribunal Supremo aclaraba inmediatamente que éstos «no estaban incluidos ni nunca se ha supuesto que lo estuvieran», puesto que «están considerados como pertenecientes a una raza inferior, tan inferior que no gozan de ningún derecho que deba respetar el hombre blanco». Pero no es preciso fijarse mucho ni en la letra de aquella declaración y los Instrumentos subsiguientes, ni en su historicidad. Lo que pretende el equipo Nixon es hacer recuperar el sentido que durante estos siglos ha escoltado al

EN PUNTO

pueblo americano, el del sentido de superioridad de su nación, el de «nación elegida» —God's own country—, que en una o varias etapas de su vida ha tenido toda nación. En una palabra, lo que está tratando es de construir una mayoría política que trascendentalice sus propios intereses, que ofrezca un frente ideológico conservador —ahora, tan maltrecho— y que sea capaz de sostener un sistema amenazado desde el interior. La mayor parte de los observadores consideran que Nixon ha tenido un solo éxito visible en su primer año de gobierno: la elaboración de su propia imagen. Goldman, el autor de «La tragedia de Lyndon Johnson», dice que Nixon ha conseguido «proyectar un eficaz retrato de sí mismo», y Hofstadter, de la Universidad de Columbia, señala la gran capacidad de Nixon «en el área de la manipulación de su imagen pública, que le ha hecho ir ganando popularidad a medida que ha ido pasando el tiempo. Hughes señala como elemento de esta imagen «el tono tranquilizador y reposante», McGregor Burns —biógrafo de Kennedy— encuentra «una cierta humildad en los rasgos de la tremenda presión de su trabajo». Cilin Cross, corresponsal en Washington del «Observer», cree que el estilo del presidente es «profunda pero moderadamente conservador, el conservadurismo propio de un hombre de negocios triunfante más que el extremismo ideológico de la extrema derecha», con el que pretende «entrar en la historia como la personificación de la corriente principal de la sociedad americana». Y, después de haber oído su mensaje al Congreso, encuentra que «por primera vez desde que el presidente Johnson comenzó a derrumbarse hace dos años, América tiene ahora un presidente fuerte que ofrece una dirección definida. Los conservadores tienen la iniciativa y están intentando conservarla».

Ciertamente, los acontecimientos tendrán la palabra. Lo que Nixon dice para desposarse con la mayoría silenciosa es que va a acabar con las aventuras exteriores, que los Estados Unidos van a renunciar a «arreglar el mundo», dejando que las naciones se defiendan por sí solas —aunque ayudándolas— y que, en cambio, se va a alzar contra ciertos fabulosos enemigos interiores que han tomado el aspecto de fantasmas gigantes, como son el crimen y lo que se llama con un término muy general la polución, o sea, el destrozado ecológico producido por el crecimiento industrial. Son dos temas de la izquierda. El tema de la polución lo esgrimen los estudiantes en sus manifestaciones casi con la misma fuerza que el de la guerra de Vietnam, y denuncian al mismo enemigo como culpable de los dos males: el capitalismo industrial, que no ha tenido límites humanos en su expansión. Es el mismo enemigo el que se oculta tras el crimen. No sólo por la creación de la pobreza, fuente del pequeño delito, sobre todo en países de fuerte contraste, sino porque el crimen es una organización nacional, dirigido y ejercido por una pequeña clase dominante que ocupa puestos decisivos en el poder. El crimen y la polución parecen imposibles de erradicar —dice la izquierda— en tanto que no haya una reforma total del sistema, una revolución o cuasi revolución. Nixon asume estos temas, acepta la existencia de esos grandes enemigos, pero no el diagnóstico del mal. Está bastante claro que no bastará con una imagen. Las imágenes se agotan. El «hombre del destino» tendrá que demostrar que, efectivamente, el destino y él son gemelos y favorables a un desarrollo de la sociedad americana. Un desarrollo que parece inclinarse hacia un cierto abandono de los grandes temas exteriores —un nuevo aislacionismo?— para ponerse a reparar los daños causados en el interior.

En cuanto a si la política de los Estados Unidos puede dividirse ahora entre interior y exterior, después de tantos años de considerar el mundo como territorio nacional imperial; si el sistema de capitalismo industrial es apto o no para esa reconversión, y las formas de combatir el crimen y la polución, que, como debe saberse, no se vencen ni se han vencido jamás sólo con la represión, sino con la modificación de las causas, son temas que Nixon deberá despejar rápidamente si quiere que la proyección de su imagen continúe siendo favorable hasta el hipotético 1976 en que deberá proclamarse su entrada en la historia por la puerta grande.

X-TELEX,TELEX-TELEX-TE

● Primer viaje de un ministro polaco a la República Federal desde el final de la guerra. El señor Burakiewicz, ministro de Comercio Exterior, ha continuado en Bonn las negociaciones que parece concluirán en breve con la firma de un tratado comercial. A principios de febrero darán comienzo en Varsovia las conversaciones políticas.

● Nueva prueba de realismo político del primer ministro sueco, Olaf Palme: manifestó ante el Parlamento que algunas de las «huelgas espontáneas» estaban justificadas y que habría que mejorar las condiciones de trabajo en las minas de Kiruna, «ciudadela» del partido comunista sueco.

● Según el «Washington Post», la mayoría de los senadores norteamericanos desean una importante reducción de las fuerzas USA en Europa: el senador Mike Mansfield se ha manifestado en el sentido de que dos de las cinco divisiones norteamericanas basadas en Europa sean repatriadas inmediatamente.

● Pablo VI ha denunciado en un documento «los lamentables atentados y las violaciones a los derechos de la persona humana» que se llevan a cabo actualmente en Brasil.

● Se ha confirmado que los dos jóvenes italianos que se encadenaron voluntariamente ante unos grandes almacenes moscovitas, Teresa Marinuzzi y Valtenio Tachi, pertenecen a la organización neofascista «Europa Civiltà», y que recientemente recibieron una invitación del «régimen de los coroneles» para visitar Grecia.

● Con el pretexto de que Vietnam del Sur «defiende el puesto avanzado del mundo libre en el Sudeste asiático», Nguyen Van Thieu ha vuelto a condenar toda solución de neutralismo para su país, rechazando asimismo toda posibilidad de formación de un gobierno de amplia base popular.

● Dos diputados de la oposición israelita acusaron al gobierno de haber devuelto a Grecia al oficial Georges Panagoulis —cuyo hermano fue acusado de atentar contra el primer ministro Papadopoulos—, que había huido de su país y pedido asilo político en el puerto de Haifa.

● Después del discurso pronunciado hace unos días por el primer ministro británico, Harold Wilson, en Swansea (País de Gales) —y en el que lanzó una dura diatriba contra los conservadores—, se interpreta que el «premier» tiene intenciones de disolver el Parlamento en fecha próxima y convocar nuevas elecciones.

● Se ha hecho público que, en el transcurso de los últimos cuatro meses, 109 soldados de la Primera División de Caballería norteamericana en Vietnam fueron acusados de negarse a combatir; se informa, igualmente, que la mitad de los soldados en Vietnam son adictos a las drogas.

● Leon Degrelle ya tiene sucesor: un ex SS belga, Jean Robert Debaut, anunció en Bruselas la reconstitución del movimiento rexista. Puso el movimiento «al servicio total e incondicional de la resistencia palestina y contra las actividades sionistas en Bélgica». El ex dirigente del movimiento rexista vive en España desde 1945.



-TELEX-TELEX-TELEX-TELE